

# **Un modelo revisionista de historia regional: la obra de Miguel Rodríguez Llopis**

*JUAN SISINIO PÉREZ GARZÓN*  
*Universidad de Castilla-La Mancha*

**NICOLÁS, Encarna; GÓMEZ, José A. (coords.),** *Miradas a la Historia. Reflexiones historiográfica en recuerdo de Miguel Rodríguez Llopis*, Murcia, Universidad de Murcia, 2004, 271 pp.

Estas páginas son más que la reseña de un libro ya de por sí importante. Se escriben ante todo para rendir justo homenaje a un destacado y joven profesor que la muerte le arrebató a la Universidad de Murcia, a la historiografía española y evidentemente a una amplia nómina de amigos. Así ha sido: la muerte de Miguel Rodríguez Llopis ha concitado el dolor unánime tanto de las personas que lo querían como de la comunidad historiográfica en la que se había labrado un espacio de solvencia profesional y de renovación metodológica cuyo impacto se comprueba precisamente en este libro que ha editado la Universidad de Murcia. En efecto, el quehacer investigador y docente del profesor Rodríguez Llopis ha concitado el homenaje de los más prestigiosos historiadores, de los que no todos pudieron aportar una colaboración escrita, pero que ya de por sí es del máximo nivel al comprobar las aportaciones que han realizado Juan José Carreras, Julio Valdeón, M<sup>a</sup> Teresa Pérez Picazo, Pedro Marset, Joan Pagés, Pedro Ruiz, Carmen González y la propia Encarna Nicolás que, junto con J. A. Gómez, ha coordinado este libro para ofrecer un sólido abanico de reflexiones sobre las distintas facetas del oficio de

historiador. Porque, en definitiva, Miguel Rodríguez Llopis siempre trabajó desde la inquietud por una teoría histórica y por una precisión metodológica que perfilasen y captasen los procesos sociales con propuestas renovadoras, enraizadas en su afán de conocer de modo crítico el pasado para mejor desentrañar el futuro que le comprometía en su presente.

A Miguel Rodríguez Llopis se le puede valorar como un perfecto representante de las nuevas hornadas de historiadores que, desde la conquista de la democracia en España, han renovado profundamente la historiografía española y han situado el nivel de investigación en niveles de calidad internacional. Asumió con pleno compromiso y total dedicación los retos que se plantearon a la Universidad española en la década de 1980. La Universidad sufrió los largos años de dictadura, luego en la década de 1970 comenzó su definitiva democratización y modernización, en sintonía con los debates científicos e intelectuales de los países más avanzados, y así se podría generalizar que en los años ochenta del siglo XX fue cuando definitivamente nuestras universidades se integraron en los circuitos de las correspondientes comunidades científicas, sin quitarle por ello méritos a aquellos núcleos aislados que antes habían tratado de abrirse camino. La organización de nuevas universidades y el crecimiento de las antiguas, la estabilización de las condiciones laborales de los profesores, la institucionalización de la investigación a través de la ley de la Ciencia y el despliegue del nuevo Estado de las Autonomías constituyeron cuatro factores que, entre otros, debemos tenerlos presentes para comprender los derroteros de las distintas áreas de conocimiento implantadas y desarrolladas hasta el presente. Es el punto de partida y el contexto para comprender tanto la obra de Miguel Rodríguez Llopis, como los modos en que se desplegó su trabajo de historiador, y también para valorar el eco que ha tenido la convocatoria de una obra concebida para homenajear su trabajo y consolidar su memoria. Probablemente hace años, la historiografía no habría sido el argumento central de un libro de estas características. Al contrario, los libros de homenaje se convertían en una acumulación de aportaciones sin hilo conductor, porque existían pocos elementos en común en una comunidad historiográfica desagregada. Sin embargo, ahora entre los historiadores españoles se ha hecho moneda más corriente la preocupación por la teoría de la historia, la participación en los debates metodológicos y la reflexión sobre el papel del historiador en la sociedad, así como sus relaciones con el resto de las ciencias sociales. Y esto se debe sobre todo a esa generación a la que pertenece el desaparecido medievalista murciano.

Se trata, por tanto, de un libro en el que, como bien se indica en su título, *se reflexiona*, pues la consideración atenta y el pensamiento crítico eran las principales tareas que el profesor Rodríguez Llopis asignaba al trabajo de historiador. Ahí radica el valor de su obra, y por eso rebasa los aparentes límites geográficos y temporales de su especialidad en época medieval y en la región murciana. Murió joven, con 44 años, en el 2002, pero sus investigaciones nos han dejado en herencia una magistral respuesta al reto que siempre tensiona al historiador, el de equilibrar la polaridad existente entre la generalización y la particularización. En sus monografías y en todas sus publicaciones, Rodríguez

Llopis nos enseña que no se puede atosigar al lector con una información excesiva, porque entonces se sobrecargaría el análisis de tal modo que se podría producir el colapso en quien lo lee. Rodríguez Llopis sabía que el historiador tiene la obligación de comunicar sus conocimientos, y a cuanta más gente llegue tanto mejor. Por eso ejercitaba ese equilibrio tan necesario entre la reproducción fehaciente y concreta de los procesos pasados con la interpretación general que diese valor a los hechos aparentemente pequeños o locales. Toda su obra transcurre en una dialéctica entre lo más relevante y lo que aparentemente pudiera parecer insignificante, para conjugar la descripción con la interpretación, de modo que detrás de cada página siempre se encuentran los ecos de amplios debates sobre los procesos de organización de la sociedad señorial feudal y, en definitiva, de las relaciones de poder que definen las estructuras de una sociedad. Así se puede corroborar desde su tesis doctoral, publicada en 1986, sobre *Señoríos y feudalismo en el reino de Murcia*, hasta la síntesis que editó en 1998 sobre la *Historia de la Región de Murcia*.

En todo caso, no son éstas las páginas dedicadas a analizar la obra del profesor Rodríguez Llopis, sino a comentar el libro que se ha publicado para rendir tributo a su memoria. El primer trabajo pertenece al profesor Carreras Ares quien, con la riqueza de matices habitual en sus escritos, desglosa los usos que sobre la Edad Media se han producido desde el siglo de Montesquieu hasta el siglo XX. Una reflexión atinada para confrontar las ideas contrapuestas de lo medieval que se han instalado como moneda de uso corriente. Lo medieval puede valorarse como sinónimo de oscurantismo fanático y estancamiento intelectual, o, por el contrario, como origen de la modernidad y, por supuesto, como embrión de las actuales instituciones políticas, desde los ayuntamientos hasta la propuesta de unión europea. También se ha usado lo medieval como referente de armonía social contra las fracturas y cambios desencadenados por la modernidad. Por eso resulta complementario el artículo de Julio Valdeón que sistematiza en tres fases la visión forjada en torno a los siglos medievales. Primero, fue el humanismo renacentista el que creó una imagen negativa del medievo que culminó con la ilustración, de tal modo que lo medieval significó irracionalidad y bestialidad feudal. Por el contrario, en una segunda fase, un amplio sector del romanticismo del siglo XIX, con sus ramificaciones nacionalizadoras, exaltó el medievo como época de noble espiritualidad y de forja de los respectivos caracteres nacionales. Posteriormente, a lo largo del siglo XX, los siglos medievales se constituyen en objeto de investigación anclada en el rigor documental y en la contextualización histórica, de modo que en esta tercera fase se han desmitificado las dos visiones contrapuestas existentes y se han perfilado los elementos que sobreviven para deslindar las relaciones entre el pasado y el presente con la perspectiva de aquellas aportaciones que han hecho precisamente de Europa un continente con una evolución cultural y política diferenciada.

Estos dos artículos, junto con el original ensayo sobre la muerte a través del tiempo y la memoria histórica, escrito por Carmen González, integran el primer bloque del libro, dedicado a la periodización de la historia y al análisis de los consiguientes usos que se hacen de las etapas de la historia como eslabones en el devenir de una sociedad. En otro

bloque se abordan las relaciones entre la historia y sus implicaciones en cada sociedad, con tres aportaciones de muy provechosa lectura, las de Pedro Ruiz Torres, Pedro Marset y J. J. Ruiz Ibáñez. Más concreto el trabajo del primero, pero también más cercano a la obra historiográfica del profesor Rodríguez Llopis, mientras que las reflexiones de Marset y de Ruiz Ibáñez elevan el análisis a los modos de representación del pasado y a las dudas que nos acompañan cuando se piensa en el oficio de historiador como prolongación de un más amplio y complejo compromiso social. Esto se comprueba en el siguiente bloque de estudios, dedicados a la historia de la Región de Murcia, para conjugar las relaciones entre espacio e historia, factor que analizan dos excelentes especialistas como Encarna Nicolás –coordinadora del volumen– y M<sup>a</sup> Teresa Pérez Picazo. Aquí es donde aparece el valor de la obra de Rodríguez Llopis perfectamente contextualizado, sobre todo por el análisis de Encarna Nicolás. Ahora bien, la obra de Rodríguez Llopis también tuvo una dimensión docente. Es justo la que da pie a las siguientes colaboraciones, dedicadas a la enseñanza de la historia y al despliegue del conocimiento histórico en las aulas, con las reflexiones bien sugerentes de expertos como Rafael Valls, Joan Pagès y Consuelo Delgado. En este sentido, los trabajos de Julio Cerdá y Aurelio Pretel, dedicados a las fuentes y la edición documental para la historia, constituyen el homenaje a la otra dimensión del profesor Rodríguez Llopis, la de minucioso investigador y avezado conocedor de los archivos donde ocupó tantas horas de su vida para escudriñar el pasado.

Los trabajos enunciados forman la primera parte del libro que, dedicado a la reflexión historiográfica, abordan las distintas facetas del quehacer del desaparecido historiador. La segunda parte es más directamente personal, lo que le otorga un valor historiográfico muy significativo porque, bajo la emoción de amigos muy cercanos, se analizan las aportaciones y la resonancia de las actividades de Rodríguez Llopis, desde la lectura y desglose que hace José Miguel Carrión de esa obra que ya es un hito –*Historia de la Región de Murcia*–, hasta la labor docente e investigadora por quienes tuvieron la fortuna de aprender y compartir con un profesor que también fue amigo. Ahí están las páginas de José Damián González Arce, Jorge Ortuño e Isabel García Díaz, junto a las de Rafael Fresneda, Francisco de Lara y Javier Marín. Todo hace un conjunto de trabajos en los que se testimonia el modo de trabajar y las inquietudes de investigación y de docencia de un profesor de la universidad española durante las décadas de 1980 y 1990. Por eso, este libro desborda el marco previsto de un homenaje, y se convierte en un balance y referente para conocer las inquietudes, los retos y las expectativas con que se ha desplegado el discurso histórico en la España democrática del último tercio del siglo XX. Que Miguel Rodríguez Llopis sea un excelente ejemplo de los logros y avances de esos años se convierte en un dato triste, porque precisamente, con 44 años, en el 2002, se truncó su vida y esa obra que albergaba una magisterio indudable. Su legado, por tanto, conservará valor por sí mismo, y además por ser arquetipo de la nueva generación de historiadores que en España han renovado profundamente los fundamentos y modos del oficio en su doble dimensión de docencia e investigación, así como en su consciente implicación con la sociedad a la que pertenece.